



Brillante sacudida

ENRIQUE GARCÍA FUENTES


 ué gusto debe de dar pertenecer al jurado de un certamen literario en el que el primer premio se entrega por unanimidad y no sólo se otorga un segundo galardón, sino que se hace constar en acta la alta calidad de las obras finalistas que, además, son propuestas para una futura publicación! Todo eso ocurre en el último premio (el XVI) «Heralde» de novela, con el que se alzó la interesante *Casi nada*, del mejicano Daniel Sada, quedando finalista la, para mí, más atrayente *Un lugar llamado Oreja de Perro*, del peruano Iván Thays. Ahora sumamos la aparición de la descacharrante *Bajo este sol tremendo*, del argentino Carlos Busqued, la primera novela cuya publicación se anunciaba tras ser recomendada en la deliberación del jurado mencionado, y con ella la calidad sube varios enteros más. A falta de echar mano a las otras dos que también se mencionan (*Temporada de caza para el león negro*, de Tryno Maldonado, y *Asuntos propios*, de José Morella) esta que hoy traemos va ganando de calle y la razón es bien sencilla: su ritmo vertiginoso, su acción, a ratos, disparatada, sus personajes descabalados y su ajustada duración, perfectamente acorde con el tempo narrativo, nos sitúa ante el típico texto que, una vez que nos agarra, no somos capaces de soltar.

Javier Cetarti no es, del todo, el tí-

pico perdedor; harto de porros y enganchado a los canales temáticos de la televisión, ve la vida pasar en una enervante desidia hasta que una llamada que le revela la violenta muerte de su madre y su hermano (a los que hace años que no ve) le sitúa en una fuerte marejada de acontecimientos y le relaciona con unos personajes levemente por encima de la subnormalidad. Lo que sigue es una disparatada secuenciación de hechos y agnistas que parecen sacados de las más ácidas películas de los hermanos Coen o de las del Tarantino más en su salsa. Paralela a él transita la también mortecina vida de Danielito, con quien coincide al final, pero con quien, sin saberlo, se relaciona desde el principio, pues este Danielito resulta ser el hijo del amante y asesino de la madre de Cetarti. Y uniéndolos a los dos, Duarte, compañero y albacea del asesino mencionado, y, sin duda, el personaje más interesante de este catálogo de monstruos a medio cuajar: militar retirado, trapichero institucional, adicto al porno más duro, no duda en secuestrar ancianas a las que someter a las más espantosas vejaciones que ha visto en las enfermeras películas con las que entretiene sus ocios. Por junto y por separado, los tres personajes pasan por una espiral de enga-



ños y violencia que parece no afectarles en absoluto, tan indiferentes a ella como a los terribles animales que protagonizan los documentales a los que, en su desidia, son adictos tanto Cetarti y Danielito. Sucesos y tragedias (de tan desafortunadas risibles, como el episodio de las cenizas de los padres) parecen resbalar por ellos, pues el autor tiene el buen juicio de no inmiscuirse jamás en el curso de los sucesos que relata y aportar su opinión de los mismos, ni, por supuesto, los protagonistas realizan la más mínima valoración psicológica de lo que hacen o contemplan. Se consigue así, a lo largo de la trepidante narración, un acertado ambiente de «anestesia emocional» que todo lo envuelve y parece introducirnos en una alucinación espesa provocada por el sol, la atonía y la falta de escrúpulos. Brutal como una insolación, divertida muy a nuestro pesar, como algunas escenas terribles de los directores mencionados arriba, *Bajo este sol tremendo* es una auténtica sorpresa, un soplo de aire fresco, pese a lo paradójico de su título; un nuevo voto de confianza en la prodigiosa tarea (nunca fácil) de enhebrar una historia atrayente y unos personajes adictivos, que es lo que ha conseguido su novel autor. Ni más ni menos.